



Los fuegos que se extinguieron

“La historia del hombre -escribió alguna vez el Marqués de Sade, el terrible y orgiástico Marqués- es la historia de la infinidad y el crimen”. Pasando por alto sus apologías del desorden y la ruptura, recordé sus palabras a propósito de un libro que me impresionó profundamente: “De la tierra sin fuegos”, de Juan Pablo Riveros, texto que evoca a los pueblos que habitaron antaño el extremo austral de Chile y Argentina y denunció su étnocidio. Durante él se encuentra una obra que sin recurrir al panfletarismo, al lugar común, a la línea gruesa, reúne un fondo contenido poético y acopio de información, seria, severa, indescriptible. Dedicada a Joseph Emperaire y Martín Gusinde -científico francés el primero, sacerdote austriaco el segundo-, que dedicaron largos años al estudio y el rescate de las culturas aorígenes de la Patagonia, incluye, además, una rica iconografía sobre razas dueñas por siglos de territorios sobre los que se dejó caer, inexorablemente, la codicia “blanca”.

Aptos sus praderas para la crianza de ganado ovino, los futuros estancieros desataron una cacería que nos llena, como país, de vergüenza y oprobio:

“Corrientemente las desgraciadas víctimas eran embarcadas directamente a Punta Arenas y colocadas allí en campamentos al aire libre bajo la vigilancia de soldados. Como animales se les tenía cercados con alambradas o empalizadas. A veces se vendían... en público su bestia. El número de estos desgraciados no se puede calcular ni aproximadamente; el norteamericano F.A. Cook habla de ‘muchos niños’ que, como animales indefensos, fueron sucedidos de su patria y no volvieron a ver nunca más a sus familiares”.

El relato de Gusinde ahorra cualquier comentario acerca de esta matanza perpetrada en unos pocos años. Desaparecidos los yámenes, selknam, qawashkar, hoy restan unos pocos mestizos que todavía recorren los canales ofreciendo en los barcos sus miserios productos, sus

pieles escasos, pálidos reflejos de los estípcos que asombraron a Fitz-Roy y Darwin. El primero, incluso, llevó a varios nativos a Inglaterra para “civilizarlos”, desdichado proyecto cuyo fracaso le condujo al suicidio y que fue motivo de la conocida novela de Benjamin Subercaseaux, “Jimmy Button”.

El cosmogónico descenso del autor Pablo Riveros -a su manera de T.S. Eliot- revive esa naturaleza en su estado primitivo, puro, intacto, enciende los extinguidos fuegos y nos deja lacrimantes preguntas: “¿Dónde están, onas? ¿Dónde yugón manso, leve olacaluf? ¿Dónde hombres diligentes, mujer temaz?

“No cogeréis más, gacela, dulce yagana, moluscos a la orilla del mar? ¿Dónde está tu pueblo, Temóque? ¿Dónde tus morinos, Watuinewa? Preguntádselo al Koliot, Murieron de Océidente”.
Pacián Martínez E.

000200403

BIC 7897

61 Chil., Conmemor., 22-II-1987 p.3

Los fuegos que se extinguieron [artículo] Pacián Martínez E.

Libros y documentos

AUTORÍA

Martínez E., Pacián

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los fuegos que se extinguieron [artículo] Pacián Martínez E.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)